

DEL DELIRIO MELANCÓLICO A LA SERENIDAD REFLEXIVA

EL ESCEPTICISMO HUMEANO Y LA CONDICIÓN HUMANA

Vicente Sanfélix Vidarte

Nay if we are philosophers, it ought
only to be upon sceptical principles...

Los anales de la Historia de la Filosofía rebosan de pensadores que, no teniendo de sí mismos semejante concepto, han sido tildados por otros de “escépticos”. Son los escépticos *malgré eux*. Hume es una feliz excepción a esta regla habitual, un pensador que aceptó para sí este título tan frecuentemente utilizado, con afán descalificador, por los peores hombres contra los mejores¹.

Lo que pretendemos con este trabajo es precisar la naturaleza del escepticismo humeano. Defendemos que para Hume el escepticismo no sólo supone una determinada tesis filosófica sino, también, una manera de entender la misma actividad filosófica y, más allá de esto, la condición humana.

1. EL ESCEPTICISMO Y LA PASIÓN FILOSÓFICA

Decía Wittgenstein que la primera condición del filosofar es destrozar la gramática. Mientras nos aferremos a nuestras maneras habituales de decir, a las formas de pensar que en ellas se expresan, no hay problema filosófico alguno. Este extrañamiento del sentido común es igualmente indispensable según Hume si es que hemos de hacer filosofía, o al menos, si hemos de hacer esa filosofía profunda, abstrusa y difícil comúnmente llamada metafísica². No habría metafísica si nos limitáramos a aplicar

¹ “Estaba yo persuadido de que las acusaciones de escepticismo, ateísmo, etc., habían sido tan frecuentemente utilizadas por los peores de los hombres contra los mejores, que habían perdido ya toda su influencia”. D. Hume, *A Letter from a Gentleman to his friend in Edinburgh*. Edinburgh University Press, 1967, 3 (a partir de ahora *A Letter...*). La versión de éste, como del resto de textos de Hume que se citen, es nuestra.

Hume acepta para su pensamiento el calificativo de escéptico en muchos lugares de su obra. Cf. por ejemplo, *An abstract of a book lastely published* (a partir de ahora *Abstract*) en D. Hume, *A Treatise of Human Nature*. Oxford at the Clarendon Press, 657 (a partir de ahora *Treatise*), “La filosofía contenida en este libro —dice Hume refiriéndose a su *Treatise*— es muy escéptica”.

² En la primera sección del *Enquiry concerning Human Understanding* (a partir de ahora *Enquiry*) intitulado «De las diferentes especies de filosofía», distingue Hume dos tipos de filosofía moral. Una, a la que califica de fácil y obvia (*easy and obvious*), y otra a la que tilda de meticulosa y abstrusa (*accurate and abstruse*). Cf. *Enquiries concerning the Human Understanding and concerning the Principles of Morals*, Oxford University Press, 1972, 6. Poco más adelante identifica esta última especie de filosofía con lo que “es comúnmente llamado

según nuestro parecer predicados como los de verdadero o falso, bueno o malo, bello o feo, justo o injusto... sin preguntarnos jamás por el fundamento o los principios por los que nos guiamos al realizar semejantes enjuiciamientos de las creencias, de las acciones o de los objetos³. Esto es: no habría metafísica si no abandonáramos nunca nuestra actitud natural, directa, concernida con los sucesos o los objetos del mundo, y no adoptáramos una actitud reflexiva. Hay, en consecuencia, un escepticismo, o quizás fuera más correcto decir simplemente una curiosidad⁴, que abre el horizonte de la especulación filosófica.

Sin embargo, Hume nos recomienda tomarnos escéptica o moderadamente esta curiosidad, esta pasión escéptica originaria. Y ello en un doble sentido; teórico tanto como práctico. Teóricamente debemos huir del entusiasmo cartesiano que nos conmina a desconfiar no solo de nuestras opiniones sino de las mismas facultades por las que hemos llegado a establecerlas⁵. Una duda semejante no sólo es imposible de sostener por contradecir nuestra naturaleza —no podemos evitar confiar en el testimonio de nuestros sentidos o en las conclusiones que inferimos— sino que además, caso de que fuera posible asumirla, sería completamente estéril, pues ¿cómo íbamos a avanzar en nuestras investigaciones si hemos empezado por desconfiar de las facultades de que debiéramos servirnos para llevarlas a cabo⁶? Así para Hume lo que el filósofo debe empezar por hacer no es negar, ni dudar, ni tan siquiera poner entre paréntesis, las creencias a las que llega mediante el ejercicio de sus sentidos o mediante algún proceso inferencial. Le basta con indagar el principio o el fundamento de semejantes creencias. Como bien vio Kant⁷.

Pero más interesante, y usualmente más desapercibida, es la vertiente práctica de la moderación que respecto a la curiosidad nos recomienda Hume. Esta pasión escéptica que posibilita la metafísica está también en la base de las ciencias. Y sin embargo

metafísica”, *Enquiry*, 9. Por filosofía moral fácil entendía Hume un conjunto de disciplinas heterogéneas como la moral, la crítica literaria o, en general, artística, la crítica política, etc. A partir de aquí cuando hablemos de filosofía, y siempre que no se haga una advertencia en sentido contrario, estaremos hablando de lo que Hume entiende como filosofía moral difícil y abstrusa.

³ “No puedo evitar sentir curiosidad por familiarizarme con los principios del bien y del mal moral, la naturaleza y fundamento del gobierno, y la causa de aquellas múltiples pasiones e inclinaciones que operan sobre mí y me gobiernan. Me siento incómodo al pensar que apruebo un objeto y desapruero otro; que llamo a una cosa bella y a otra deforme; que decido en lo tocante a la verdad y la falsedad, a la razón y el desvarío, sin conocer sobre qué principios procedo”, *Treatise*, 270-1. “La otra especie de filósofos... consideran un reproche a toda literatura que la filosofía no haya fijado aún, más allá de toda controversia, el fundamento de la moral, del razonamiento y de la crítica; y siempre hable de verdad y falsedad, vicio y virtud, belleza y deformidad, sin ser capaz de determinar la fuente de estas distinciones”, *Enquiry*, 6.

⁴ “En tanto que agente estoy completamente satisfecho en este punto; pero como filósofo que tiene un poco de curiosidad, no diré escepticismo, quiero aprender el fundamento...” *Enquiry*, 38. “Hay una especie de escepticismo *antecedente* a todo estudio y filosofía... que... cuando más moderado puede ser comprendido en un sentido muy razonable y es un preparativo necesario para el estudio de la filosofía” *Enquiry*, 149-150 (Énfasis original).

⁵ Cf. R. Descartes, *Meditationes de Prima Philosophia*, edición de Adam y Tannery, París, Vrin, 1964, I Meditación.

⁶ “La duda cartesiana, por consiguiente, si es que fuera posible para alguna criatura humana el abrirla (como claramente no lo es) resultaría enteramente incurable...” *Enquiry*, 150. Hume se oponía a la duda cartesiana con argumentos naturalistas y trascendentales.

⁷ “...la suerte, siempre desfavorable, de la metafísica quiso que Hume no fuera entendido por nadie...” Se trataba del origen de la noción, no del carácter indispensable de la misma en el uso”. *Prolegomena zu einer jeden Künftigen Metaphysic*, en *Kants Werke*, vol. IV, Berlin, Druck und Verlag von Georg Reiner, 258-9.

es más peligrosa cuando da lugar a la primera que cuando engendra las segundas; y es que aunque el placer fundamental que esta pasión promete estriba en el ejercicio de la mente que exige para su satisfacción⁸, también demanda otros dos requisitos peculiarmente difíciles de satisfacer para el metafísico: el coronamiento exitoso de la indagación y la utilidad de la misma⁹.

La posibilidad de error, o más que de error de desvarío, acecha al metafísico, en mayor medida que a ningún otro apasionado del saber, no sólo en virtud del carácter abstracto de los temas de los que se ocupa sino por la misma actitud que su disciplina presupone. Pues teniendo su origen en un extrañamiento del sentido común, el metafísico puede llegar a no encontrar en la distancia de sus principios con respecto a éste una objeción contra los mismos. Y el afán sistemático hará el resto, ya que difícilmente resistirá la tentación de aceptar las consecuencias que de aquellos principios deduzca¹⁰.

Si a la pérdida del sentido común la llamamos demencia o delirio, bien podríamos decir que el metafísico es especialmente propenso a una demencia o delirio filosófico¹¹. Una demencia o delirio que lo condena a la soledad, pues si la pasión metafísica, por la misma dificultad de su satisfacción, resulta, como los amores contrariados, propensa a devenir obsesiva, termina por convertir a quien sucumbe a ella en un fanático, en un entusiasta, en uno de esos detestables egoístas ciego para todo aquello que no sean sus preocupaciones filosóficas¹². Un egoísmo que a él mismo puede pasarle desapercibido, pero no a la mayoría de hombres que, ajenos a aquellas preocupaciones, encuentran al filósofo, en casi todas las ocasiones no sin razón, como un ser especialmente insociable, dedicado a problemas inútiles y absurdos, que propone teorías ininteligibles¹³; por lo cual nunca podrá el metafísico esperar el favor de esa

⁸ "El placer del estudio consiste principalmente en la acción de la mente, y el ejercicio del genio y del entendimiento en el descubrimiento o comprensión de cualquier verdad" *Treatise*, 450-1. "Y aunque estas investigaciones puedan parecer penosas y fatigosas ocurre con algunas mentes como con algunos cuerpos, que estando dotadas de una salud vigorosa y robusta requieren un ejercicio severo, y extraen placer de lo que a la mayoría de la humanidad puede parecer pesado y laborioso", *Enquiry*, 11.

⁹ "Pero aunque el ejercicio del genio sea la principal fuente de esta satisfacción que recibimos de las ciencias, dudo que por sí sola sea suficiente para proporcionarnos un disfrute considerable. La verdad que descubrimos debe también ser de alguna importancia". *Treatise*, 449. "Pero aparte de la acción de la mente, que es el principal fundamento del placer, se requiere igualmente un grado de éxito en la obtención del fin propuesto, o en el descubrimiento de la verdad que examinamos". *Treatise*, 451.

¹⁰ "Resulta fácil para un filósofo profundo cometer un error en sus razonamientos sutiles; y un error es el necesario progenitor de otro en tanto que extrae sus consecuencias y no desiste de abrazar ninguna conclusión a pesar de su inusual apariencia o de su oposición a la opinión común." *Enquiry*, 7.

¹¹ "Una desviación notable (de los principios del sentido común)... es lo que llamamos demencia... cuando un hombre consiente en apartarse del sentido común por argumentos metafísicos, podemos llamar a esto demencia metafísica" T. Reid, *An Enquiry into the Human Mind*, Chicago, University Press, 1970, 268-9. Reid sigue en este punto a Hume, quien en la conclusión del primer libro del *Treatise* ya había hablado de delirio filosófico. Cf. *Treatise*, 269.

¹² "La pasión por la filosofía, como la pasión por la religión..., si se usa imprudentemente puede servir únicamente para acrecentar una inclinación predominante, y empujar la mente hacia el lado al cual ya propende en demasía por mor de la tendencia y propensión de su natural temperamento... mientras tratamos de confinar totalmente nuestros placeres al interior de nuestras mentes podemos, en última instancia, estar convirtiendo nuestra filosofía, como la de Epicteto y otros estoicos, sólo en un más refinado sistema de egoísmo..." *Enquiry*, 40.

¹³ "El mero filósofo es un carácter comúnmente poco aceptado en el mundo, ya que se le supone contribuir en nada o a la ventaja o al placer de la sociedad, pues vive alejado de toda comunicación con la humanidad y en-

mayoría sino, en el mejor de los casos, sólo la aprobación de los doctos de su misma condición¹⁴. En definitiva, que no sería de extrañar que sólo una “melancolía pensativa” recompensara sus esfuerzos en pos de la satisfacción de una tan extraña pasión¹⁵.

Encontramos pues en Hume un diagnóstico doblemente escéptico sobre el origen de la filosofía metafísica. Doblemente porque no se limita a situar una pasión de naturaleza escéptica —la curiosidad— en el origen de la misma, sino también porque nos recomienda desconfiar de esa pasión cuando tomada radicalmente, advirtiéndonos que la soledad, el delirio y la melancolía son la única recompensa que puede esperar quien desatienda este consejo.

El escepticismo que antecede a toda investigación filosófica debe así ser doblemente moderado: en lo teórico y en lo práctico. Por una parte no debiera empezar por poner en duda las facultades que inspiran nuestras creencias y nuestros valores comunes sino sólo llevarnos a indagar por sus principios. Por otra, debe dudar de sí mismo si amenaza con apartarnos en exceso de aquellas creencias o de la consecución de estos valores. Sólo si de alguna manera esa pasión no nos va a impedir ser humanos merece la pena aplicarse a su satisfacción¹⁶.

El escepticismo, ahora empezamos a verlo, no será para Hume sólo una posición filosófica más, sino una actitud hacia la misma actividad filosófica. Actitud según la cual el valor de la filosofía no es incondicionado; sólo en el caso de que ciertos requisitos queden garantizados valdrá la pena dedicarse a la reflexión filosófica. El problema de la metafísica tendría así para Hume una doble vertiente. ¿Podemos establecer con certeza alguna conclusión sobre el principio de nuestras opiniones? ¿Vale la pena llegar a establecerla?

vuelto en principios y nociones igualmente remotas de su comprensión” *Enquiry*, 8. Por otra parte, no sólo el vulgo encuentra el discurso metafísico ininteligible. Salviati, el portavoz de Galileo en su *Dialogo sopra i due massimi sistemi del mondo tolemaico e copernicano*, alude así al discurso metafísico de su adversario aristotélico: “Confesando ingenuamente mi incapacidad, digo que no entiendo de este discurso vuestro sino aquello de la plancha dorada; y si me permitís hablar libremente, tengo la gran presunción de que vos mismo no lo entendéis, sino que habéis aprendido de memoria aquellas palabras escritas por alguien con el mero deseo de contradecir y mostrarse más inteligente que el adversario, mostrarse, no obstante, ante aquellos que por aparecer como inteligentes también aplauden lo que no entienden, y un concepto mayor se forman de las personas cuanto menos entienden lo que dicen; y ello suponiendo que el escritor mismo no sea (como tantos lo son) de aquellos que escriben lo que no entienden, por lo que no se entiende lo que escriben” en Galileo Galilei, *Le Opere*. Firenze. Edizione Nazionale. Barbera, 1890-1909, vol. VII, 103. Hume mismo concede que en muchos casos esta apariencia de ininteligibilidad de los discursos metafísicos responde a la realidad. Cf. *Enquiry*, 12-3.

¹⁴ “...sus especulaciones parecen abstractas e incluso ininteligibles a los lectores ordinarios, buscan la aprobación del docto y el sabio” *Enquiry*, 6.

¹⁵ “Prohíbo el pensamiento abstruso y las investigaciones profundas, y las castigaré severamente con la melancolía pensativa que inducen, con las incertezas sin fin y con la fría recepción que tus pretendidos descubrimientos recibirán cuando los comuniqués.” *Enquiry*, 9. La sospecha de que la metafísica implique una *hybris* del entendimiento que no puede sino ser trágicamente castigada por los dioses (o la naturaleza) es tan antigua como la metafísica misma. Cf. Aristóteles, *Metafísica*, 982b 30 y ss.

¹⁶ “Permito tu pasión por la ciencia, dice la naturaleza, pero consiente que tu ciencia sea humana y tal que pueda tener alguna referencia directa a la acción y la sociedad... Sé filósofo, pero en medio de toda tu filosofía sé aún un hombre.” *Enquiry*, 9.

2. LA RESPUESTA PIRRÓNICA

La indagación metafísica no puede, según Hume, sino alcanzar una conclusión pirrónica¹⁷; una conclusión que establece no sólo que resulta imposible encontrar una justificación estrictamente racional de nuestras creencias teóricas, morales o estéticas, sino también que muchas veces, cuando perseguimos la realización de semejante tarea, lo único que conseguimos es enredarnos en paradojas y antinomias irresolubles¹⁸. No cabe aquí un repaso exhaustivo de los argumentos particulares, no todos ellos originales, en los que Hume apoya semejante tesis. Pero a modo de ilustración consideremos los siguientes.

Una de nuestras prácticas más habituales, en la que la tradición ha situado el origen de las ciencias matemáticas¹⁹, consiste en medir extensiones o el transcurrir del tiempo. Para llevar a cabo esta medición se requiere disponer de un patrón al que podríamos someter también a determinación disponiendo la utilización de otro patrón menor. Parece pues que nuestras prácticas de medición nos comprometen con estas dos premisas: la de la divisibilidad al infinito—su carácter continuo— y la de la naturaleza composicional—su carácter integrado— de toda extensión, ya sea espacial o temporal.

Pues bien, desde el momento mismo en que abrazamos explícitamente estas dos premisas nos vamos a encontrar abocados a un dilema irresoluble, ya que o bien las infinitésimas partes que integran toda extensión o duración son ellas mismas inextensas o carentes de duración, con lo que parece inexplicable cómo su composición pueda hacer emerger ninguna dimensión de esta naturaleza, o bien si tienen alguna extensión o duración, por mínima que sea, resulta inexplicable cómo una combinación de un número infinito de ellas pueda originar una magnitud finita²⁰. En resumen, tenemos aquí un buen ejemplo de esas inconsistencias en las que desembocan nuestras consideraciones cuando reflexionamos sobre los principios, en este caso los conceptos, en que se apoyan nuestras prácticas más cotidianas.

Otra práctica no menos habitual es la de realizar inferencias inductivas. La justificación de las mismas no puede ser, en última instancia, sino empírica²¹. Son las regularidades constatadas en el pasado las que aducimos para justificar nuestras predicciones sobre el futuro devenir de los acontecimientos. Ahora bien, ¿qué argumento

¹⁷ "Nuestro autor—dice Hume de sí mismo— insiste en otros muchos tópicos escépticos... la filosofía nos volvería totalmente *pirrónicos*". *Abstract*, 657. Énfasis original.

¹⁸ "...igualmente con respecto a los principios que parecen más claros y que los meros razonadores humanos, conforme a los más fuertes instintos de la naturaleza, se ven necesitados a abrazar, no son capaces de conseguir una completa consistencia y una certeza absoluta", *A Letter...*, 19.

¹⁹ Cf. Herodoto, *Historia* II, 109 en donde se indica la estrecha relación que guardaba el origen de las matemáticas en Egipto con las técnicas de agrimensura que las periódicas inundaciones de los campos, provocadas por el desbordamiento del Nilo, exigían.

²⁰ "La principal objeción contra todos los razonamientos *abstractos* se deriva de las ideas de espacio y tiempo... ningún *dogma* clerical, intencionadamente inventado para domeñar y someter la rebelde razón de la humanidad, ha chocado nunca más con el sentido común que la doctrina de la infinita divisibilidad de la extensión, con sus consecuencias... Una cantidad real, infinitamente menor que cualquier cantidad finita, conteniendo cantidades infinitamente menores que sí misma, y así *in infinitum*...". *Enquiry*, 156. Énfasis original.

²¹ Por supuesto Hume no es innovador en semejante tesis. Newton, por ejemplo, la formuló explícitamente en su *Optics* y en sus *Philosophiae naturalis principia mathematica*. Cf. *Opera quae extant omnia*. Friedrich Fromman Verlag. Stuttgart-Bad Cannstatt 1964, volúmenes III y IV, 4 y 263 respectivamente.

podríamos aducir para, a su vez, justificar el carácter justificatorio de la experiencia? ¿Por qué hemos de suponer que el futuro confirmará las regularidades observadas en el pasado? Este presupuesto que subyace a nuestras inferencias inductivas ya no podemos, sin circularidad, justificarlo inductivamente. Ni de ninguna otra manera. Sencillamente, yace injustificado en el fondo de nuestras prácticas inferenciales²². Si el anterior era un ejemplo de las antinomias a las que la razón puede conducirnos cuando se empeña en bucear en los principios de sí misma, es éste un ejemplo de la insatisfacción a la que se ve abocada en otros casos. Sólo paralogismos cabría esperar de esta empresa²³.

Por otra parte, insatisfacción y paradojas, antinomias y paralogismos, no son excluyentes. Una mezcla de ambas es todo lo que conseguimos si pretendemos justificar la fiabilidad del testimonio de nuestros sentidos cuando los tomamos como fuente fidedigna de información de un mundo externo cuya existencia y propiedades son independientes de nuestros actos perceptivos.

Parece que podemos apelar en principio a la dependencia causal de nuestra experiencia sensorial de la existencia y propiedades de los objetos localizados en nuestro entorno, pero el problema de justificar nuestra creencia en semejante dependencia no parece que sea distinto del problema de justificar nuestra confianza en el testimonio de nuestros sentidos. Creer que nuestros sentidos nos proporcionan información acerca del mundo externo, como creer que nuestra experiencia sensorial depende casualmente de las propiedades de los objetos que pueblan ese mundo, son creencias que no podemos justificar²⁴.

Por otra parte, una vez introducida la consideración de nuestra experiencia como un efecto de procesos estimulativos se abre paso una nueva consideración escéptica, que atenta contra nuestra original fe en la validez objetiva del testimonio de nuestros sentidos, pues ¿no habría que concluir que las propiedades empíricas que suponemos propias de los objetos son, en realidad, dependientes de la constitución de nuestros órganos sensoriales? Gran parte de los pensadores modernos aceptaban esta conclusión para al menos las cualidades secundarias²⁵, pero no parece que haya razón suficiente para hacer un distingo entre éstas y las consideradas primarias²⁶.

²² "...toda nuestra evidencia para cualquier cuestión de hecho que quede más allá del testimonio de los sentidos o de la memoria se deriva completamente de la relación de causa y efecto... no tenemos otra idea de esta relación que ésta de dos objetos los cuales han estado frecuentemente *conjuntados* entre sí... no disponemos de ningún argumento para convencernos de que los objetos que hayan estado en nuestra experiencia frecuentemente conjuntados estarán conjuntados del mismo modo en otros casos." *Enquiry*, 159.

²³ En la sección tercera de la tercera parte del primer libro del *Treatise*, denuncia Hume el carácter paralógico de los argumentos esgrimidos por varios filósofos para justificar el principio de causalidad.

²⁴ "Es una cuestión de hecho la de si las percepciones de los sentidos son producidas por objetos externos que se les asemejen. ¿Cómo debiera zanjarse esta cuestión? Apelando a la experiencia seguramente, como todo el resto de cuestiones de semejante índole. Pero aquí la experiencia es y debe ser enteramente silenciosa. Nada se presenta nunca a la mente salvo percepciones, y le resulta imposible alcanzar ninguna experiencia de su conexión con los objetos. Por consiguiente, la suposición de una conexión semejante carece de cualquier fundamento en el razonamiento", *Enquiry*, 153.

²⁵ Esto es, la duda de si ciertas propiedades tienen el status de cualidades primarias o secundarias. Desde que Galileo revitalizara en *Il Saggiatore*, cf. *Opere* vol. VI, 301-302, la vieja distinción democriteana Cf. D-K 68 b 125, la misma había devenido un tópico de muchos tratados de filosofía tanto natural como metafísica.

²⁶ "Es universalmente concedido por los investigadores modernos que todas las cualidades sensibles de los objetos... son meramente secundarias y no existen en los objetos mismos sino que son percepciones de la mente,

Y algo parecido pasa, por último, con nuestras creencias morales o estéticas. Dado que cuando intentamos justificarlas no podemos retrotraernos más allá de la aprobación o repugnancia que los objetos o las acciones nos merecen, parece que no podemos sustraernos a la conclusión de que las mismas son, en última instancia, tan injustificadas como nuestra creencia en un mundo externo, y que las propiedades estéticas o morales de objetos y acciones son tan subjetivas como lo serían las propiedades sensibles que atribuimos a los objetos caso de que nos tomáramos en serio la consideración de la experiencia como el efecto de un proceso estimular²⁷.

Este argumento nos obligaría a reconocer que el *status* de cualquier principio práctico no puede equipararse al de los teóricos. Pues si en éstos hay una referencia a una dimensión objetiva que funciona como piedra de toque de su valor de verdad, el consenso en los segundos sólo podrá alcanzarse en la medida en que haya una uniformidad suficiente en los sentimientos y pasiones de los interlocutores²⁸. En vano esperaríamos, por consiguiente, de la argumentación racional que fuera capaz de generar un acuerdo de los intereses. Antes por contra, cualquier diálogo racional sólo será posible en la medida en que exista semejante acuerdo²⁹.

Pero una respuesta negativa no es menos una respuesta. Y Hume no duda de que la conclusión pirrónica: la conclusión, repitémoslo una vez más, de que no hay un fundamento estrictamente racional que pueda aducirse para justificar nuestras prácticas teóricas y morales o nuestros juicios estéticos; y de que la razón, cuando se empeña en suministrarlo, no puede aspirar sino a enredarse en antinomias y cometer paralogismos, es una conclusión que desde luego podemos tener por cierta. No podríamos, por consiguiente, cuestionar la indagación metafísica sobre la base de que no nos suministra respuesta alguna a la pregunta que plantea. El pirronismo es la respuesta. El pirronismo es la teoría metafísica correcta. Por tanto, si hay que impugnar la investigación metafísica es su flanco práctico el que hay que atacar³⁰.

sin que representen ningún arquetipo o modelo externo. Si se concede esto con respecto a las cualidades secundarias también debe seguirse con respecto a las supuestas cualidades primarias de extensión y solidez." *Enquiry*, 154. Hume consideraba que esta conclusión que establece el carácter subjetivo de todas las cualidades sensibles tenía un *status* decididamente escéptico, de ahí que no dude en considerar como tal a Berkeley, a pesar de resultarle bien conocida la explícita profesión de fe anti-escéptica de éste, cf. *Enquiry*, 155n. A buen seguro que si Hume hubiera leído los *Prolegomena* kantianos hubiera pensado otro tanto del filósofo de Königsberg. Cf. I. Kant, *op. cit.*, parte I. Sección 13, Observación 2.

²⁷ "Si no tuviera miedo de dar la imagen de demasiado filosófico, recordaría a mis lectores esta famosa doctrina, supuesta fuera de toda duda en los tiempos modernos, de que «los gustos y colores, y toda cualidad sensible, no están en los cuerpos sino sólo en los sentidos. Ocurre lo mismo con la belleza y la deformidad, la virtud y el vicio». Essay XVIII – "The Sceptic". D. Hume, *Philosophical Works*, Scientia Verlag Aalen, Darmstadt, 1964, vol. III, 219n.

²⁸ "Para esta operación de la mente, por consiguiente, parece haber siempre un *standard real*, aunque frecuentemente desconocido, en la naturaleza de las cosas; y no varía la verdad o la falsedad según las variadas opiniones de la humanidad. Aunque toda la raza humana concluyera de una vez por todas que el sol se mueve, y que la tierra permanece en reposo, no por ello se movería el sol ni una sola pulgada de su lugar, y tales conclusiones serían eternamente falsas y erróneas. Pero no ocurre lo mismo con las cualidades de bello y deforme, deseable y odioso, que con verdadero y falso". "The Sceptic", *Philosophical Works*, vol. III, 218.

²⁹ A nuestro entender ésta es la profundidad pirrónica que se esconde tras la célebre frase humeana: "...la razón es, y sólo debe ser, la esclava de las pasiones, y nunca puede pretender ningún otro oficio que el de servir las y obedecerlas", *Treatise*, 415.

³⁰ "Mejor haría el escéptico, por consiguiente, manteniéndose en su esfera propia, y desplegando aquellas objeciones filosóficas que nacen de las más profundas investigaciones. Aquí parece tener una amplia materia

3. LA MITIGACIÓN ESCÉPTICA DEL PIRRONISMO: EL ESCEPTICISMO ACADÉMICO

Reid consideraba que la metafísica humeana conducía ineludiblemente a la demencia filosófica³¹, lo que a tenor de la lectura de ciertos pasajes de la conclusión del primer libro del *Treatise* no parece del todo descabellado³². Antes por contra, a su luz parece obligado concluir que el delirio melancólico compone para Hume una figura inevitable de la conciencia metafísica. El estado de ánimo que necesariamente producen las irrefutables argumentaciones pirrónicas.

Pero aunque todo esto sea verdad, una lectura que no sea tan dogmática como la que Reid efectuó de los textos humeanos inmediatamente nos avisa de que para Hume esta desesperación metafísica no es sino un estado transitorio y momentáneo.

En efecto, ya en el mismo *Treatise* se nos advierte que el delirio melancólico producto de la especulación metafísica no puede perdurar sino en la medida en que uno se mantiene esforzadamente en la esfera de esa especulación, al margen de los más triviales acaecimientos de la vida ordinaria³³. La misma objeción que valía contra la duda metódica cartesiana vale ahora contra el pirronismo. Nuestras creencias y prácticas ordinarias nos son tan connaturales que resulta completamente imposible que el producto de una actitud reflexiva pueda transtornarlas. Y es preciso notar que esta insignificancia frente a la naturaleza no es propia de la metafísica pirrónica *qua* pirrónica sino *qua* metafísica. Tan ridículo como el pirrónico que nos propone suspender nuestros juicios cotidianos de las cosas sería el dogmático que nos recomendase justificar nuestras creencias ordinarias antes de darlas por sentadas.

para triunfar... Estos argumentos pueden ser desplegados con la mayor extensión, si cualquier bien o beneficio perdurable se pudiera esperar que resultara de ellos. Pues aquí está la principal y más confundente objeción contra el escepticismo excesivo, que ningún bien perdurable puede resultar de él en tanto mantenga su completa fuerza y vigor. Sólo necesitamos preguntar a un tal escéptico *qué pretende, qué se propone con todas estas curiosas investigaciones*. Inmediatamente se encuentra perdido y no sabe lo que responder", *Enquiry*, 159-160. Énfasis original.

³¹ Cf. *An Inquiry into the Human Mind*. The University of Chicago Press, Chicago-London, 1970, 95 y 268-9.

³² "Mi recuerdo de perplejidades y errores pasados, me vuelve desconfiado para con el futuro. La condición mezquina, débil y desordenada de las facultades que debo emplear en mis investigaciones acrecienta mis aprehensiones... Esta repentina visión del peligro me llena repentinamente de melancolía", *Treatise*, 264. "La intensa consideración de estas múltiples contradicciones e imperfecciones de la humana razón me ha excitado el ánimo y calentado la cabeza de tal manera que estoy dispuesto a rechazar toda creencia y razonamiento, y no puedo considerar ninguna opinión ni tan siquiera como más probable o verosímil que cualquier otra... Todas estas cuestiones me confunden y empiezo a representarme en la más miserable condición que imaginarse pueda, rodeado de la más profunda obscuridad y además privado del uso de todos mis miembros y facultades". *Treatise*, 269.

³³ "Mas afortunadamente sucede que si bien la razón es incapaz de disipar estas nubes, la naturaleza misma se basta para este propósito, y me cura de esta melancolía y delirio filosófico, ya sea relajando esta inclinación de mi mente, ya mediante alguna ocupación cotidiana y la vivaz impresión de mis sentidos, que destruyen todas estas quimeras. Ceno, juego una partida de back-gammon, converso y soy feliz con mis amigos; y cuando después de tres o cuatro horas de diversión debiera volver a estas especulaciones, parecen tan frías, y tan forzadas, y tan ridículas, que ya no me puede apetecer entrar en ellas otra vez", *Treatise*, 269. "El gran subversor del Pirronismo o de los principios excesivos del escepticismo es la acción, la actividad y las ocupaciones ordinarias de la vida. Estos principios pueden florecer y triunfar en las escuelas; donde es realmente difícil, si no imposible, refutarlos. Pero tan pronto como dejan la sombra y por la presencia de objetos reales, que activan nuestras pasiones y sentimientos, son puestos en oposición a los más poderosos principios de nuestra naturaleza, se desvanecen como el humo y dejan al más decidido escéptico en la misma condición que los otros mortales". *Enquiry*, 158-9.

Desde luego que esta transitoriedad del delirio melancólico no puede constituirse en un argumento para la recomendación de la actividad filosófica, pero la consideración de la misma sí que puede hacernos más transigentes con la propia pasión filosófica que lo engendró. Si el mal que se sigue de la curiosidad metafísica no es después de todo sino momentáneo, aquélla aparece lo suficientemente inocua como para que podamos entregarnos a su satisfacción si es que nos sentimos de esta manera inclinados. La pasión filosófica sigue siendo una pasión a-social, una pasión para espíritus vigorosos y solitarios que encuentran deleite en dedicarse a estos *jeux d'esprit* que son los razonamientos sutiles y abstractos³⁴.

Pero si el predominio del sentido común limita la severidad del delirio melancólico que la pasión metafísica engendra, la reflexión puede coadyuvar a sustituir el mismo por una disposición serena, al convertir el pirronismo en un escepticismo más moderado, académico lo llama Hume, cuyo resultado no es sino la inspiración en quien lo abraza de una actitud moderada y calma³⁵, y por el que la pasión metafísica deja de ser una pasión inútil³⁶.

En efecto, el pirrónico no llega a recomendar la suspensión del juicio o de nuestras prácticas comunes movido por la interna inconsistencia de éstas. Por lo general estamos de acuerdo sobre la extensión espacial o temporal cuando, lejos de considerarlas en abstracto, nos limitamos a aplicar un patrón particular de medida previamente acordado sobre algún objeto o procesos particulares³⁷; el no poder justificar mediante un argumento nuestra confianza en la regularidad de la naturaleza no nos impide ver determinadas inferencias como mejor o peor fundadas en la experiencia en la medida en que ésta haya resultado más o menos uniforme³⁸; e independientemente de cuál sea el status ontológico de las propiedades sensibles, estéticas o morales de las cosas percibidas y de las acciones, hay en la utilización de nuestros predicados que refieren a aquéllas la suficiente coherencia como para que la comunicación resulte exitosa y el acuerdo acerca de las mismas posible³⁹.

³⁴ "Por consiguiente, cuando estoy cansado de diversiones y compañía, y tengo ganas de una *ensoñación* en mi habitación, o mientras me doy un solitario paseo por la orilla de un río, siento mi mente volcada hacia sí misma, y estoy naturalmente *inclinado* a llevar mi consideración a todos estos asuntos sobre los que tantas disputas he encontrado en el curso de mis lecturas y conversaciones." *Treatise*, 270. Énfasis original. "La doctrina de los pirrónicos o escépticos siempre ha sido considerada, en todas las Edades, como principios meramente curiosos, o una clase de *Jeux d'esprit*, sin influencia alguna sobre los principios fijos de un hombre o su conducta en la vida." *A Letter...*, 19. Énfasis original.

³⁵ "Hay sin embargo una especie de filosofía que parece poco expuesta a este inconveniente, ya que no inspira ninguna desordenada pasión de la mente humana ni puede mezclarse con ninguna afectación o propensión natural, y ésta es la filosofía académica o escéptica", *Enquiry*, 40-41.

³⁶ "Hay, realmente, un escepticismo más *mitigado* o filosofía *académica* la cual puede ser a la vez perdurable y útil, y la cual puede, en parte, ser el resultado de este Pirronismo, o escepticismo *excesivo*, cuando sus dudas indiscriminadas son, en alguna medida, corregidas por el sentido común y la reflexión". *Enquiry*, 161. Énfasis original.

³⁷ "No me parece imposible evitar estos absurdos y contradicciones —de la infinita divisibilidad— si es admitido que no hay cosa tal como las ideas abstractas o generales propiamente hablando; sino que todas las ideas generales son, en realidad, ideas particulares adheridas a un término general...", *Enquiry*, 158. Para más detalles, cf. L. Gossman, "Two Unpublished Essays on Mathematics in the Hume's Papers", *Journal of the History of Ideas*, vol. 21, 1960.

³⁸ "Esta deficiencia en nuestras ideas no es, realmente, percibida en la vida ordinaria, ni somos conscientes de que en las más usuales conjunciones de causa y efecto somos tan ignorantes del principio último que las mantiene unidas como en el caso de las más inusuales y extraordinarias." *Treatise*, 267.

³⁹ "Esta doctrina, sin embargo, no quita más realidad de estas últimas cualidades que de la de aquellas primeras; ni necesita por qué provocar ofensa alguna en los críticos o en los moralistas. Aunque los colores se con-

No; la recomendación del escéptico de que suspendamos nuestros juicios o nuestras prácticas cotidianas no obedece a la incoherencia intrínseca de éstas, sino a la imposibilidad de que las mismas respondan a la exigencia metafísica de ser susceptibles de una fundamentación estrictamente racional.

Y es precisamente porque lo que indujo al filósofo a adentrarse en el curso de estas investigaciones profundas y difíciles no fue otra cosa que el deseo de fundar en razón sus creencias y prácticas comunes, hasta entonces acríticamente asumidas, por lo que la desesperación melancólica constituye un momento ineludible de la actitud metafísica. Porque o bien, comprendiendo la imposibilidad de justificar aquéllas, el metafísico propone la reforma del sentido común cayendo, al intentar poblar el mundo con una serie de entidades fantásticas, en una especie, digámoslo así, de delirio por exceso, de delirio dogmático; o bien, por esta misma razón, intenta vaciar el mundo de las realidades cotidianamente asumidas, cayendo en el delirio por defecto, el delirio pirrónico.

Pero siendo el dogmatismo y el pirronismo igualmente delirantes, no son equiparables —por eso para Hume el pirronismo, no el dogmatismo, es la posición metafísicamente correcta—. Pues siendo la tendencia del pirronismo cuestionar la potestad de la razón, le resulta posible llegar a sospechar de la legitimidad del orgullo desmedido de esta facultad que subyace en la pasión metafísica⁴⁰. Si no hay que confiar en las aparentes certezas que la razón proporciona ¿por qué habría que hacerlo en las dudas que introduce?⁴¹ Si nuestras prácticas cotidianas y nuestro sentido común no son intrínsecamente incoherentes y en muchas ocasiones, incluso, nos resulta evidente la conveniencia de regirnos por sus reglas⁴², ¿por qué habríamos de rechazarlos en nombre de una facultad, la razón, de la que hemos demostrado todas sus debilidades?

De esta forma, cuando el pirrónico se vuelve reflexivo, cuando dirige su actitud inquisidora hacia los principios de su propia posición filosófica, lo que descubre es que no tiene fundamento alguno para desconfiar del sentido común. Todo lo contrario. La auténtica culminación de su escepticismo consistirá en la aceptación de éste⁴³. No debe dirigir sus dudas hacia aquello que los hombres, por naturaleza, creen. De esta manera, mediante la reflexión, el pirrónico deviene un escéptico académico. Un pensador sereno y moderado que acepta las creencias más básicas del sentido común

ceda que descansan sólo en el ojo, ¿se considerará o estimará por ello menos a los pintores o a los tintoreros? Hay una uniformidad suficiente en los sentidos y los sentimientos de la humanidad como para convertir a todas estas cualidades en objeto del arte y el razonamiento, y como para que tengan la mayor de las influencias sobre la vida y las costumbres. Y como es cierto que el descubrimiento en filosofía natural arriba mencionado no produce alteración alguna sobre la acción y la conducta, ¿por qué debiera un descubrimiento paralelo en filosofía moral producir alguna alteración?”, *Essay XVIII, “The Sceptic”*. D. Hume, *Philosophical Works*. Scientia Verlag Aalen. Darmstadt, 1964, vol. III, 219n.

⁴⁰ “... los pirrónicos o escépticos... todo lo que pretenden con estos escrúpulos es abatir el orgullo de los puros razonadores humanos...”, *A Letter...*, 19.

⁴¹ “Un verdadero escéptico desconfiará por igual de sus dudas filosóficas tanto como de su filosófica convicción...”, *Treatise*, 273.

⁴² “Si creemos que el fuego calienta o que el agua refresca es sólo porque nos crea demasiadas dificultades (it costs us too much pains) pensar de otro modo...”, *Treatise*, 270.

⁴³ “Puedo, incluso debo, plegarme a la corriente de la naturaleza, sometiéndole mis sentidos y mi entendimiento; y en esta ciega sumisión mostraría más perfectamente mi disposición y mis principios escépticos.” *Treatise*, 269.

porque sabe que si bien éste no puede fundarse en razón, menos puede justificarse su reforma o su abolición.

4. LA REFLEXIVA SERENIDAD DEL FILÓSOFO ESCÉPTICO

Así la reflexión termina finalmente por ofrecer la terapia adecuada para el delirio que ella misma propició. Pero ¿puede curar también de la melancolía? ¿Puede el filósofo, *qua* filósofo, salir de su aislamiento? ¿Puede su pasión dejar de ser solitaria y devenir social? Para que ello fuera así la pasión metafísica habría menester de poder rendir alguna utilidad no sólo a quien cede a ella sino al resto de los hombres que componen la sociedad.

Lo que puede parecer una condición difícil de cumplir para la filosofía puede verse como inmediatamente satisfecha si le damos la vuelta al planteamiento de la cuestión. Supongamos que la filosofía, realmente, careciera de toda utilidad y no pudiera pasar de ser el simple *Jeu d'esprit* del que hablábamos más arriba. Siempre será para cualquier sociedad un galardón del que preciarse el que en ella florezcan las actividades ociosas. Un signo inequívoco de su alto grado de civilización. Tampoco las artes tienen una utilidad precisa, pero desde luego no podríamos evitar un juicio negativo de una sociedad en la que las mismas tuvieran una pobre representación, pues juzgar una cultura sólo por el dominio técnico que sobre la naturaleza haya conseguido no dejaría de ser utilizar un criterio de evaluación bárbaro, mezquino y pobre⁴⁴. Podríamos decir pues que aunque sólo sirva de ornato, no debiera una sociedad despreciar jamás la actividad filosófica, pues si bien ésta nunca sería responsable de que las cosas andaran bien, sí que sería un síntoma inequívoco del estado saludable del cuerpo social⁴⁵.

Siempre podríamos, por consiguiente, considerar a la filosofía como un género de las bellas letras, un género caracterizado por el rigor más que por la brillantez de su estilo. Un género, por otra parte, en el que los otros géneros podrían encontrar apoyo, pues al fin y al cabo éstos no hacen sino de una manera particular y concreta lo que aquélla hace de una manera general y abstracta: ofrecernos una representación de la naturaleza humana⁴⁶. Un apoyo que, por la misma razón, se extendería también a las

⁴⁴ Esta concepción de la vida social está en las mismas raíces de nuestra tradición. En *La República* Sócrates, a pesar de su austeridad, se ve obligado a discutir sobre una ciudad "voluptuosa" para hacer verosímil a sus interlocutores que está hablando de una ciudad ideal. Cf. *República*, 372-373. Aristóteles, por su parte, nos da en el primer libro de la *Metafísica* una explicación del origen de las técnicas acorde con este punto de vista: "Es natural... que al inventarse muchas técnicas, orientadas unas a las necesidades de la vida, otras a lo que la adorna, fuesen considerados siempre más sabios los inventores de las segundas que los de las primeras, al no perseguir a través de sus ciencias la utilidad". *Metafísica*, 981b.

⁴⁵ "...ni hay nada que pueda considerarse como un signo más seguro del genio poco liberal de una época y nación donde las ciencias florezcan, que el estar totalmente privadas de cualquier aprecio de aquellos nobles entretenimientos." *Enquiry*, 8.

⁴⁶ "Todas las bellas letras nada son sino representaciones de la vida humana en diversas actitudes y situaciones... un artista debe estar mejor cualificado para salir airoso de esta tarea si, aparte de un gusto delicado y una rápida aprehensión, posee un conocimiento ajustado de la fábrica interna, las operaciones del entendimiento, el operar de las pasiones y las varias especies de sentimiento que discriminan vicio y virtud". *Enquiry*, 9-10.

disciplinas que componen la filosofía moral fácil⁴⁷, y a todas aquellas profesiones en las que la actividad toma como objeto una realidad humana; en este último caso la filosofía tendría una utilidad gimnástica semejante a aquella que los sofistas conferían a la dialéctica. Ayudaría a ganar precisión y exactitud en el razonamiento⁴⁸.

Con todo, la utilidad más importante que para Hume tendría una metafísica correcta sería su funcionalidad crítica y terapéutica. Crítica: por fijar los límites de nuestras facultades cognoscitivas. Terapéutica: por constituir un antídoto contra la metafísica adulterada⁴⁹.

Hemos visto los efectos perniciosos a los que la curiosidad puede conducir en el ámbito metafísico cuando el filósofo se deja llevar por un excesivo orgullo de la razón. Pero la metafísica no es la única disciplina hija de esta pasión, ni la única en que la ambición de la razón puede conducir a extravíos. Algo semejante puede ocurrir en las ciencias. En la física, por ejemplo. Recordemos, sin ir más lejos, que Newton tenía la pretensión de mediante una inferencia causal establecer, a partir de los fenómenos naturales, la existencia y carácter de una Primera Causa del Universo⁵⁰. O recordemos también que Descartes soñaba con una física demostrativa equiparable en su metodología y certeza a la matemática⁵¹. Pues bien, lo que a uno y a otro hay que recordarles, después de haber analizado la naturaleza del entendimiento humano en pos de los fundamentos de nuestras creencias ordinarias, es que sus pretensiones resultan totalmente quiméricas, pues ni podemos extender nuestras inferencias causales más allá de los ámbitos en los que nuestra experiencia alcanza, ni podemos extender el método demostrativo de razonamiento más allá de las matemáticas⁵².

En cuanto a la metafísica dogmática, la estrategia de Hume consiste siempre en hacernos ver que las entidades que ésta pretende introducir para sustituir aquellas a las que el sentido común se refiere son ininteligibles, y no mantienen su aparente verosimilitud sino en la medida en que se las conciba con criterios parasitarios de los de éste. Es lo que ocurre con nociones como las de sustancia, forma sustancial, potencias, y otras varias que Hume extrae de la jerga escolástica.

⁴⁷ "...una ventaja considerable que resulta de la filosofía abstracta y precisa es su utilidad para la filosofía fácil y humana, la cual, sin la primera, nunca puede obtener un grado suficiente de exactitud en los sentimientos, preceptos o razonamientos". *Enquiry*, 9.

⁴⁸ "Por otra parte, podemos observar que, en todo arte o profesión, incluso en las que más conciernen a la vida o a la acción, un espíritu de rigor, no importa cómo sea adquirido, las lleva a todas ellas más cerca de su perfección. Y... el genio de la filosofía, si cuidadosamente cultivado por muchos, debe difundirse gradualmente él mismo sobre el conjunto global de la sociedad." *Enquiry*, 10. Cf. Aristóteles, *Tópicos*, 101a.

⁴⁹ "El único método de liberar de una vez el aprendizaje de estas abstrusas cuestiones es investigar seriamente la naturaleza del entendimiento humano y mostrar, mediante un análisis exacto de sus facultades y capacidad, que de ninguna manera es adecuado para tales remotas y abstrusas materias. Debemos someternos a esta fatiga en orden a vivir, después, tranquilos. Y debemos cultivar la verdadera metafísica con algún cuidado en orden a destruir la falsa y adulterada." *Enquiry*, 12.

⁵⁰ Cf. I. Newton, *Optics. Opera quae extant omnia*, vol. IV, 237 y 264.

⁵¹ Cf. R. Descartes, *Principes de la Philosophie*. Edición de Adam y Tannery, Vrin, Paris, 1964, 324.

⁵² "...los únicos objetos de la ciencia abstracta o de la demostración son la cantidad y el número, y todos los intentos de extender esta forma más perfecta de conocimiento más allá de estos límites son mera sofistería e ilusión." *Enquiry*, 163. "La existencia, por consiguiente, de cualquier ser sólo puede ser probada por argumentos a partir de su causa o su efecto; y estos argumentos están enteramente fundados en la experiencia." *Enquiry*, 164. "La Divinidad o la Teología... tiene un fundamento en la razón, en la medida en que es apoyada por la experiencia. Pero su mejor y más sólido fundamento es la fe y la revelación divina." *Enquiry*, 165. Énfasis original.

No hay que menospreciar esta utilidad terapéutica de una filosofía escéptica. A creencias absurdas no están expuestos los hombres sólo por el desmedido orgullo de la razón y de su curiosidad. La superstición, que tiene su origen en la debilidad misma de nuestro entendimiento así como en la necesidad que experimentamos, en ciertas situaciones especialmente dolorosas, de asumir lo que podríamos llamar ficciones compensatorias⁵³, constituye otra poderosa fuerza impulsora de semejantes creencias. Si a todo ello añadimos que algunos tienen un interés muy particular en fomentar este tipo de supercherías⁵⁴, entenderemos la estrecha alianza que muchas veces se da entre la metafísica dogmática y la superstición más grosera⁵⁵.

Lo que puede estar en la base de, por ejemplo, la postulación de un alma simple, quizás no sea sólo la suposición de que debe existir una entidad semejante a la que nos referimos cuando nos atribuimos incorregiblemente ciertos estados mentales, sino también el deseo de dotar a nuestra mente de una propiedad —la simplicidad— que la haría candidata idónea —puesto que sólo lo complejo parece que puede diluirse— a la inmortalidad, un anhelo humano fácilmente comprensible; y quizás también participar de los privilegios de aquellos que hacen de la vida futura su negocio en la presente⁵⁶. Aunque Hume se expresa moderadamente, está suficientemente claro que su denuncia lo es, en primer lugar, de la religión, del clero y de aquellos filósofos que, consciente o inconscientemente, se prestan a servir los intereses de éste⁵⁷. No es casualidad que su análisis de la inferencia causal sirva para arrojar dudas sobre los argumentos a-posteriori de la teología natural, o para desenmascarar la inverosimilitud de los milagros o de las profecías, concluyendo irónicamente que lo único milagroso es la misma creencia religiosa⁵⁸, ni tampoco es simple azar que su crítica a la concepción cartesiana del alma tenga como consecuencia la de cercenar el clásico argumento que conduce desde la supuesta simplicidad de aquélla a su también supuesta inmortalidad⁵⁹.

⁵³ “La debilidad, el miedo, la melancolía, junto con la ignorancia... son las verdaderas fuentes de la *superstición*”. «Of Superstition and Enthusiasm», *Philosophical Works*, vol. III, 144. Énfasis original. “En principio, debemos sospechar de toda doctrina que nuestras pasiones favorezcan. Y las esperanzas y los miedos que hacen nacer la doctrina de la inmortalidad del alma están demasiado claras”. «Of the Immortality of the Soul», *Philosophical Works*, vol. IV, 405.

⁵⁴ “...muchas personas encuentran un interés demasiado manifiesto en resucitar constantemente estos tópicos...”. *Enquiry*, 12.

⁵⁵ “En esto, justamente, reside la más justa y plausible objeción contra una parte considerable de la metafísica, que no constituye propiamente una ciencia; sino que surge o de los infructuosos esfuerzos de la vanidad humana, que desearía penetrar en temas completamente inaccesibles al entendimiento humano, o de la maña de las supersticiones populares, las cuales, no pudiendo defenderse a sí mismas a cielo abierto, levantan estas enmarañadas zarzas para ocultar y proteger su debilidad”. *Enquiry*, 11.

⁵⁶ “Ciertamente, en algunas mentes el futuro produce inexplicables terrores. Pero éstos se desvanecerían rápidamente de no ser artificialmente fomentados por el precepto y la educación. Y a quienes los fomentan, ¿qué otro motivo les guía sino el de ganarse el sustento y adquirir poder y riquezas en este mundo?”. «Of the Immortality of the Soul», *Philosophical Works*, vol. IV, 401.

⁵⁷ “...Expulsados del campo abierto, estos ladrones vuelan al bosque, y allí permanecen en espera de caer sobre cada una de las avenidas más desguarnecidas de la mente, para subyugarla con los prejuicios y temores religiosos.” *Enquiry*, 11.

⁵⁸ “Así que, en resumen, podemos concluir que la Religión Cristiana no sólo fue al principio acompañada de milagros, sino que incluso en la actualidad no puede ser creída por ninguna persona razonable sin que se dé uno.” *Enquiry*, 131. Hume razona aquí según los cánones de la tradición literaria más irreverente y anticlerical. Cf. por ejemplo, G. Boccaccio, *El Decamerón*. Novela II. Jornada I: “El judío Abraham, animado por Giannotto de Civigní, va a la corte de Roma y, vista la maldad de los clérigos, vuelve a París y se hace cristiano.”

⁵⁹ Cf. «Of the Immortality of the Soul», *Philosophical Works*, vol. IV, 399-400.

La terapia no busca, pues, el iluminismo por el iluminismo. Tiene una indudable dimensión política. Por y mediante ella el filósofo escéptico puede aportar su grano de arena en la lucha por una sociedad menos fanática y más tolerante⁶⁰.

Así, esta dimensión terapéutica de una metafísica correcta ancla al filósofo en su contexto convirtiendo su pasión, originariamente solitaria, en una pasión social. La serenidad reflexiva puede ahora ser completa. Pues ya no es sólo que su trabajo pueda culminar exitosamente, con una conclusión cierta –pirrónica–; ni que esa conclusión no le obligue a separarse, sino todo lo contrario, del sentido común –por la moderación académica del pirronismo–; sino que esas conclusiones se pueden poner al servicio de los hombres, para hacerlos menos fanáticos y supersticiosos –merced a la dimensión crítica y terapéutica de la filosofía escéptica–. El escéptico no tiene pues por qué renunciar a su humanidad para ser fiel a su filosofía.

En cualquier caso, el filósofo escéptico que ha tenido que aprender a moderar su pasión metafísica tanto como sus conclusiones debe, por último, aprender a moderar sus expectativas. Bien familiarizado con las debilidades del entendimiento humano, sabedor de las complejidades de la naturaleza humana, de lo profundo que es el origen de nuestras ilusiones, no puede esperar que un mero discurso racional, como a pesar de todo es el suyo propio, pueda erradicar de una manera tajante y definitiva la superstición, el entusiasmo o el fanatismo. La influencia de la filosofía será siempre escasa, y más bien indirecta, por el tipo de actitud reflexiva y cautelosa que incoa, que otra cosa.

El escéptico diagnóstico acerca de la condición humana, más propensa a seguir los impulsos de la pasión que los dictámenes de la reflexión, impone una conclusión igualmente escéptica acerca de la eficacia de la terapia filosófica⁶¹. Esta ineficacia, o mejor: esta limitada eficacia de la filosofía, históricamente constatada, sería motivo de desesperación para el metafísico dogmático, pero no para el escéptico. Pues al fin y al cabo el escéptico aplicará a sí mismo el diagnóstico que extiende al resto de la humanidad: su propia actividad sólo se justifica en última instancia por el placer que le proporciona la satisfacción de su pasión filosófica⁶². Una pasión que, por depender

⁶⁰ “La mayor parte de la humanidad está naturalmente predispuesta a ser asertórica y dogmática en sus opiniones; y mientras consideran las cuestiones desde un único punto de vista, y no tienen la menor idea de ningún argumento contrario, se arrojan precipitadamente a los principios hacia los que se sienten inclinados, sin indulgencia alguna para aquellos que abrazan opiniones opuestas”. *Enquiry*, 161. Hay que resaltar que Hume padeció personalmente la intolerancia y el fanatismo religioso, entre otras ocasiones, cuando intentó acceder a la cátedra de filosofía moral de la Universidad de Edimburgo.

⁶¹ “Como una corriente que necesariamente sigue las distintas inclinaciones del suelo sobre el que discurre; así es la parte ignorante e irreflexiva de la humanidad movida por sus propensiones naturales. La misma, de hecho, queda excluida de toda pretensión a la filosofía y a la tan ensalzada medicina de la mente. Pero incluso sobre el meditando y el sabio tiene la naturaleza una prodigiosa influencia... El imperio de la filosofía se extiende sobre unos pocos; e incluso con respecto a éstos, su autoridad es muy débil y limitada.” «The Sceptic». *Philosophical Works*, vol. III, 221-222. La convicción humeana de la limitada eficacia de los razonamientos filosóficos contra la superstición y el fanatismo está brillantemente expresada en el diálogo que poco antes de su muerte mantuvo con Adam Smith. Le decía Hume a éste que se había entretenido imaginando excusas que podría poner a Caronte para prorrogar el fatal desenlace que sabía cercano, entre ellas: la de pedirle al siniestro barquero que le concediera simplemente el tiempo suficiente para ver cómo, gracias entre otras cosas a su obra, caían algunas supersticiones... Una manera de vivir sólo unos cuantos centenares más de años. Cf. Hume, *Mi vida. Cartas de un caballero a su amigo de Edimburgo*, Alianza, Madrid, 1985, 71.

⁶² “Siento que me perdería un placer, y éste es el origen de mi filosofía”. *Treatise*, 271. “Mientras razonamos respecto a la vida, la vida se escapa, y la muerte, aunque quizás el filósofo la reciba de manera diferente, trata

su satisfacción casi única y exclusivamente del esfuerzo de aquel que se entrega a ella, le promete la autonomía que tradicionalmente se ha considerado como patrimonio de los sabios; una pasión, pues, especialmente apetecible⁶³. Lo cual, una vez más, no debiera llevar al filósofo al entusiasmo por su propia disciplina. Pues también la filosofía, si correcta, le habrá enseñado que toda su flema se puede venir abajo y no llegar a distinguirse para nada del resto de los mortales tan pronto como pierda su posición de espectador desinteresado de la humanidad⁶⁴.

Así, por todas las consideraciones aducidas, el escepticismo coherente no sólo permite defender la tolerancia y oponerse a la superstición y al fanatismo irracional. También rinde comprensible lo difícil que es erradicar éstos y, lo que quizás sea más importante, permite al filósofo ser tolerante con sus propias debilidades humanas.

Creemos haber mostrado ahora lo que al principio prometimos. El escepticismo no es para Hume sólo una determinada tesis filosófica —que la razón no puede justificarse a sí misma ni evitar incurrir en contradicciones cuando lo pretende—. El escepticismo es para Hume una determinada manera de entender la actividad filosófica —como una actividad limitadamente eficaz de crítica y terapia de la superstición y el entusiasmo fanático; no exenta ella misma del peligro de llevarnos al extravío y la obsesión— y la misma condición humana —condición ésta más sometida a los caprichos de la pasión que a los dictámenes de la reflexión—. Para terminar sólo cabría formular una pregunta. A la vista de la situación actual de la filosofía y del género humano ¿podemos ir más allá del escepticismo humeano?

por igual a éste y al loco. Reducir la vida a una regla y a un método exacto es por lo común una ocupación dolorosa, frecuentemente infructífera. ¿Y no es esto una prueba de que sobrevaloramos el galardón por el que combatimos? Incluso razonar tan cuidadosamente respecto a él, y fijar con exactitud su justa idea, sería sobrevalorarlo, de no ser porque para algunos temperamentos es ésta una de las ocupaciones más divertidas en las que la vida pueda emplearse". «The Sceptic». *Philosophical Works*, vol. III, 231. Énfasis original.

⁶³ "...las pasiones que persiguen objetos externos no contribuyen tanto a la felicidad como aquellas que descansan en nosotros mismos; ya que ni estamos tan ciertos de alcanzar aquellos objetos, ni tan seguros, una vez alcanzados, de poderlos conservar. Una pasión por aprender es, respecto a la felicidad, preferible a una pasión por la riqueza". «The Sceptic». *Philosophical Works*, vol. III, 221.

⁶⁴ "...es siempre un sublime filósofo cuando nada necesita; esto es: en la medida en que nada le perturba o despierta sus inclinaciones. Mientras otros representan, él se admira de su ansia y ardor; pero tan pronto como entra en su propio juego, se ve, por lo común, arrebatado por las mismas pasiones que tanto había condenado mientras permanecía como simple espectador". «The Sceptic». *Philosophical Works*, vol. III, 227-8.

MIRAR CON CUIDADO

FILOSOFÍA Y ESCEPTICISMO

Editores

JULIÁN MARRADES MILLET

NICOLÁS SÁNCHEZ DURÁ



DEPARTAMENTO DE METAFÍSICA Y TEORÍA DEL CONOCIMIENTO
DE LA UNIVERSIDAD DE VALENCIA

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada por los editores, viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada

Editores: JULIÁN MARRADES MILLET
NICOLÁS SÁNCHEZ DURÁ

Diseño gráfico: Pre-Textos (Servicios de Gestión Editorial)

1.ª edición: abril de 1994

© Tomás Calvo Martínez, Richard H. Popkin, Julián Marrades Millet, Vicente Sanfélix Vidarte, Mercedes Torrevejano Parra, Joan B. Llinares, Enrique Ocaña, Valeriano Iranzo García, Christopher Hookway, Tobies Grimaltos, Carlos Moya, Josep L. Prades, Antoni Defez i Martín, Josep E. Corbí, Nicolás Sánchez Durá, Jacques Bouveresse y Manuel E. Vázquez

© De las traducciones: Gloria Lloréns, M.ª José Nicolau, Tobies Grimaltos, Carlos Moya, Julián Marrades

© De la presente edición:

PRE-TEXTOS (SERVICIOS DE GESTIÓN EDITORIAL)
C./ Luis Santángel, 10
46005 Valencia

PRINTED IN SPAIN
IMPRESO EN ESPAÑA

I.S.B.N. 84-8191-009-0
DEPÓSITO LEGAL: V. 1259 - 1994

ARTES GRÁFICAS SOLER, S. A. - LA OLIVERETA, 28 - 46018 VALENCIA - 1994

Introducción	v
AVATARES DEL ESCEPTICISMO	
El pirronismo y la hermenéutica escéptica del pensamiento anterior a Pirrón <i>Tomás Calvo Martínez</i>	3
Profecía y escepticismo en los siglos XVI y XVII <i>Richard H. Popkin</i>	21
Pascal, entre Descartes y el pirronismo <i>Julián Marrades Millet</i>	35
Del delirio melancólico a la serenidad reflexiva. El escepticismo humeano y la condición humana <i>Vicente Sanfélix Vidarte</i>	55
El escepticismo de la razón filosófica y la paz perpetua en filosofía <i>Mercedes Torrevejano Parra</i>	71
Nietzsche y el escepticismo. Ensayo aclaratorio de una pretendida contradicción <i>Joan B. Llinares</i>	87
Escepticismo e identidad personal. Nietzsche y Descartes <i>Enrique Ocaña</i>	107
Quine: Realismo contumaz <i>Valeriano Iranzo García</i>	123
TÓPICOS DEL ESCEPTICISMO	
Conocimiento y contexto <i>Christopher Hookway</i>	145
Externalismo, escepticismo y el principio iterativo de conocimiento <i>Tobies Grimaltos</i>	161
Escepticismo y contenido mental <i>Carlos Moya</i>	179

La naturalización de la epistemología y el escepticismo sobre el sujeto <i>Josep L. Prades</i>	203
¿Cómo es que Edipo no sospechó que Yocasta era su madre?: Reflexiones en torno al escepticismo sobre la inducción <i>Antoni Defez i Martín</i>	221
Insuficiencia del escepticismo: Una reivindicación de la actitud ilustrada <i>Josep E. Corbí</i>	237
Miradas fulgurantes y traductores caritativos <i>Nicolás Sánchez Durá</i>	259
Fe y saber <i>Jacques Bouveresse</i>	279
Otra manera de ver – lo que se da a ver <i>Manuel E. Vázquez</i>	287
Colaboradores	315